

Siempre preferí la tierra

Hace más de medio siglo Félix Álvarez Jiménez ancló en el campo y desde entonces obtiene notas sobresalientes en las asignaturas del tabaco, los cultivos varios y la ganadería



El campesino sobresale entre los productores de tabaco en la CCS Niceto Pérez. /Fotos: Vicente Brito

José Luis Camellón Álvarez

Tengo ante mí a un guajiro que muy temprano le plantó cara al surco, apenas adelantó en los estudios, pero le sabe un mundo a las cosechas; siempre supo que su vocación no estaba en el aula, porque heredó los genes de la tierra. Es un hombre de familia, modesto y, como se dice por ahí, buena persona; no monta caballo ni quitrín, prefiere caminar, tampoco asegura sus cultivos y cuida el suelo tanto que ahorita los linderos de su finca se parecerán a la muralla china. Félix Álvarez Jiménez es un campesino ejemplo.

Casi tenía estatura de muchacho cuando tuvo que salir a ganarse la vida porque era el único varón en una familia de ocho hijos y el oficio de su padre no podía ser más pobre: carretero de tiro de caña y tabaco. Nació el 18 de mayo de 1948 en El Purial, un caserío cercano a Punta Diamante, en Cabaiguán, por aquel entonces fuera de los mapas de Cuba y en el que para tener derecho a que un médico te viera y a las medicinas, “el viejo tenía que dar un quintal de tabaco por cada hijo”, rememora.

Su niñez transcurrió a la usanza de aquellos tiempos en que las familias se repletaban de muchachos y hasta la raspa de la harina se servía en la mesa con tal de llenar barrigas. Le tocó una infancia que desconocía la edad, muy atada a las circunstancias de cada lugar, las mismas que lo obligaron a dejar la escuela en segundo grado y meterse en lo hondo de las sitierías.

“A los 11 años ya regaba posturas de tabaco por un peso al día y de sol a sol; cuando yo nací mi hermana mayor tenía 14 años, la finca era de 4 hectáreas que apenas daba para los bueyes, un pedacito de tabaco y el conuquito familiar

para comer”.

De aquella época archiva un manantial de recuerdos, como el de entretenerse con los hijos de tabaco fabricando kujitos porque la palabra del padre se volvía una ley: “A tantos muchachos no se les podía comprar juguetes”. No olvida la primera vega que hizo por su cuenta, a negocio, cuando tenía 14 años, la edad en que ya cortaba 50 cujes a 10 kilos cada uno y dedicaba muchas madrugadas al ordeño. “Eran los empleos del momento: de vaquero o en el tabaco”.

Cuando Félix Álvarez empezaba a destetarse de la casa y escogía para su bautizo laboral el veguero, a la zona de El Purial también llegaron los ecos de aquel Primero de Enero de 1959. No era un letrado ni mucho menos, pero entendió que se le abría otro porvenir.

“Hay que sentir en carne propia lo que es el hambre, la pobreza, saber que aquí usted abría los ojos y no encontraba nada, para entender lo que ha representado esta Revolución para el campo”.

Tengo delante un hombre de 68 años que no eludió los deberes de la patria, fue presidente de cooperativa, delegado a congresos de la ANAP y Vanguardia Nacional de esa membresía. Un guajiro cumplidor de cuanto plan asume, al que nunca le interesó mudarse para la ciudad ni comprar el auto que tuvo asignado por sus resultados en el cultivo del tabaco; hombre de hablar pausado y su conversación es tan cordial que a uno le parece haberlo tratado toda la vida.

El diálogo se detiene; Olga Santos, su esposa, se acerca celular en mano. ¿Quién lo diría?, tal adelanto en El Purial.

—Félix —le dice ella—, los muchachos del riego preguntan qué tiempo le dan.

—Díle a Félix Manuel —contesta

él— que es una hora, que cambie ya los esplines y deje por el medio 15 surcos.

—Bueno, periodista, disculpe la interrupción, es que las cosas del campo son así, puntuales.

La conversación regresa a otros capítulos de su vida, a los años en que estuvo trabajando a negocio en otros sitios. “Un día a finales de la década del 80 me invitan a una reunión en el Partido Provincial, era para comprometerme en el movimiento anapista de los 1 000 quintales de viandas, hortalizas y granos. Le dije al que me llevó: no tengo tierra, y me dijo: ‘Esto es un pedido del país’. Hice el compromiso, empezamos como 100 campesinos; ese primer año entregué 2 660 quintales de comida y 500 de tabaco.

“Aquello me amarró, llegó un momento en que no hallaba qué hacer, se me fueron agotando las fórmulas de sembrar en la finca de otro. Un día el viejo me llama: ‘Mira, tienes 40 años y pareces tener mucha más edad; coge el sitio, ya tú sabes lo que tienes que hacer, porque el que trabaja a negocio nunca va a adquirir nada, no trabajas para ti”.

Tengo frente a mí a un veguero que no fuma, alguien que cuida y disfruta la naturaleza; un guajiro que jura no ponerse un short “ni muerto”; un hombre mal llevado con la cama, capaz de enviarle a otra persona el buen dormir; un campesino que no le gusta estar sentado, tomador de poco café y un día “de una cervecita”.

¿Cuáles son las reglas en su sitiería?

No he sido campesino de cultivar lo que más da o lo que me guste, he sembrado lo que al país le ha hecho falta y lo más necesario en cada período. Creo que ese ha sido mi mayor aporte porque no tengo palabras para agradecer

a esta Revolución.

Soy un productor de época, muy disciplinado, busco el momento pico para sembrar y hacer lo que corresponde en cada fase. Fui el primero en Sancti Spiritus en sembrar en décadas anteriores tabaco tapado, no había experiencia y me llevaron a Pinar del Río, aprendí de un gran veguero, Alejandro Robaina. Mantuve ese cultivo como 10 años, regresé al sol en palo y retomé el tapado en el 2015.

¿Qué enseñanzas le depara la vida campesina?

Después de adulto alcancé el sexto grado, pero en mi vida lo que más he hecho es trabajar, nunca viví engañado, tenía que olvidarme de superarme, lo mío era el campo, siempre preferí la tierra, al extremo de que, si volviera a nacer, escogería otra vez este camino.

Tengo mi grupo de alumnos, enseñé lo que sé y me relaciono mucho con los productores; algunos se me han ido delante, como Yoandri Rodríguez, Vladimir Abreu y Eliecer Pérez; a todos esos muchachos que salen con tantos deseos de producir los admiro. La primera clase que les doy es la del camino correcto, que la producción vaya al destino que le toca.

Otra cosa que hago es inculcarle disciplina a mi familia, porque sin retaguardia y apoyo familiar no hay resultados. Ya tengo un nieto aquí conmigo, pero primero tuvo que hacerse ingeniero mecánico para regresar al campo; aquí, bruto, yo nada más.

La palabra enredo la saqué de mi vida, no me acojo al Seguro ni a nada, cultivo a pecho limpio; como soy malo para las cuentas, no necesito de eso, pago y compro, deudas de ningún tipo, no soy gente de violar nada.

¿Qué debe mejorarse en el escenario agrícola?

Es más la desorganización en

la comercialización que la falta de productos. Cuando hay mucho, sino se reparte bien, resulta poco.

Los precios de compra al campesino son excelentes, pero Acopio estaba muy lleno de malos hábitos y es más fácil enseñar a uno que no sabe nada, que al que sabe, quitarle los malos hábitos.

¿Acaso ha pensado ya en el descanso?

No soy gente de vacaciones, ni de playas ni hoteles; descanso viendo mis siembras, ese es mi paseo. Mirar una vega de tabaco, si es de tapado más, llena mi espíritu.

Luego algunos me dicen, ¿hasta cuándo?; es verdad, ya no soy el muchacho que cortaba 50 cujes de tabaco o que ordeñaba 30 vacas en una madrugada, pero hace poco me pegué a la guataquea de la vega con los obreros que tengo ahí y te digo que todavía hay Félix Álvarez para rato, ni agua tomo. ¿No ha oído que cuando una carreta se atasca, la única que la saca es la yunta de guía?

Para que mi vida concluya feliz, quiero que termine aquí, en el campo y morirme con los zapatos puestos. No me jubilaré nunca, usted puede cobrar un retiro, pero jubilarse no; eso sería como el primer paso a la muerte, ella vendrá, sin embargo, ese paso no se lo voy a dar.

¿Cómo se describe usted?

Un guajiro humano, nunca discutí con nadie, la palabra problema la saqué del diccionario, no tengo tiempo para la casa, esa es una tarea de Olga. No he sido el mejor, lo que sí he sembrado mucho; nunca he ido a una feria ni a un mercado a vender comida, porque lo del campesino es producir y entregar, no ser negociante. No he trabajado nunca por ambiciones ni enriquecimiento, he trabajado para que este país avance y llegue a los sueños de Fidel.



Miguel Díaz-Canel Bermúdez, primer vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, lo visitó el pasado año para conocer sus experiencias.

Hace más de medio siglo Félix Álvarez Jiménez ancló en el campo y desde entonces obtiene notas sobresalientes en las asignaturas del tabaco, los cultivos varios y la ganadería



El campesino sobresale entre los productores de tabaco en la CCS Niceto Pérez. /Fotos: Vicente Brito

José Luis Camellón Álvarez

Tengo ante mí a un guajiro que muy temprano le plantó cara al surco, apenas adelantó en los estudios, pero le sabe un mundo a las cosechas; siempre supo que su vocación no estaba en el aula, porque heredó los genes de la tierra. Es un hombre de familia, modesto y, como se dice por ahí, buena persona; no monta caballo ni quitrín, prefiere caminar, tampoco asegura sus cultivos y cuida el suelo tanto que ahorita los linderos de su finca se parecerán a la muralla china. Félix Álvarez Jiménez es un campesino ejemplo.

Casi tenía estatura de muchacho cuando tuvo que salir a ganarse la vida porque era el único varón en una familia de ocho hijos y el oficio de su padre no podía ser más pobre: carretero de tiro de caña y tabaco. Nació el 18 de mayo de 1948 en El Purial, un caserío cercano a Punta Diamante, en Cabaiguán, por aquel entonces fuera de los mapas de Cuba y en el que para tener derecho a que un médico te viera y a las medicinas, “el viejo tenía que dar un quintal de tabaco por cada hijo”, rememora.

Su niñez transcurrió a la usanza de aquellos tiempos en que las familias se repletaban de muchachos y hasta la raspa de la harina se servía en la mesa con tal de llenar barrigas. Le tocó una infancia que desconocía la edad, muy atada a las circunstancias de cada lugar, las mismas que lo obligaron a dejar la escuela en segundo grado y meterse en lo hondo de las sitierías.

“A los 11 años ya regaba posturas de tabaco por un peso al día y de sol a sol; cuando yo nací mi hermana mayor tenía 14 años, la finca era de 4 hectáreas que apenas daba para los bueyes, un pedacito de tabaco y el conuquito familiar

para comer”.

De aquella época archiva un manantial de recuerdos, como el de entretenerse con los hijos de tabaco fabricando kujitos porque la palabra del padre se volvía una ley: “A tantos muchachos no se les podía comprar juguetes”. No olvida la primera vega que hizo por su cuenta, a negocio, cuando tenía 14 años, la edad en que ya cortaba 50 cujes a 10 kilos cada uno y dedicaba muchas madrugadas al ordeño. “Eran los empleos del momento: de vaquero o en el tabaco”.

Cuando Félix Álvarez empezaba a destetarse de la casa y escogía para su bautizo laboral el veguero, a la zona de El Purial también llegaron los ecos de aquel Primero de Enero de 1959. No era un letrado ni mucho menos, pero entendió que se le abría otro porvenir.

“Hay que sentir en carne propia lo que es el hambre, la pobreza, saber que aquí usted abría los ojos y no encontraba nada, para entender lo que ha representado esta Revolución para el campo”.

Tengo delante un hombre de 68 años que no eludió los deberes de la patria, fue presidente de cooperativa, delegado a congresos de la ANAP y Vanguardia Nacional de esa membresía. Un guajiro cumplidor de cuanto plan asume, al que nunca le interesó mudarse para la ciudad ni comprar el auto que tuvo asignado por sus resultados en el cultivo del tabaco; hombre de hablar pausado y su conversación es tan cordial que a uno le parece haberlo tratado toda la vida.

El diálogo se detiene; Olga Santos, su esposa, se acerca celular en mano. ¿Quién lo diría?, tal adelanto en El Purial.

—Félix —le dice ella—, los muchachos del riego preguntan qué tiempo le dan.

—Díle a Félix Manuel —contesta

él— que es una hora, que cambie ya los esplines y deje por el medio 15 surcos.

—Bueno, periodista, disculpe la interrupción, es que las cosas del campo son así, puntuales.

La conversación regresa a otros capítulos de su vida, a los años en que estuvo trabajando a negocio en otros sitios. “Un día a finales de la década del 80 me invitan a una reunión en el Partido Provincial, era para comprometerme en el movimiento anapista de los 1 000 quintales de viandas, hortalizas y granos. Le dije al que me llevó: no tengo tierra, y me dijo: ‘Esto es un pedido del país’. Hice el compromiso, empezamos como 100 campesinos; ese primer año entregué 2 660 quintales de comida y 500 de tabaco.

“Aquello me amarró, llegó un momento en que no hallaba qué hacer, se me fueron agotando las fórmulas de sembrar en la finca de otro. Un día el viejo me llama: ‘Mira, tienes 40 años y pareces tener mucha más edad; coge el sitio, ya tú sabes lo que tienes que hacer, porque el que trabaja a negocio nunca va a adquirir nada, no trabajas para ti”.

Tengo frente a mí a un veguero que no fuma, alguien que cuida y disfruta la naturaleza; un guajiro que jura no ponerse un short “ni muerto”; un hombre mal llevado con la cama, capaz de enviarle a otra persona el buen dormir; un campesino que no le gusta estar sentado, tomador de poco café y un día “de una cervecita”.

¿Cuáles son las reglas en su sitiería?

No he sido campesino de cultivar lo que más da o lo que me guste, he sembrado lo que al país le ha hecho falta y lo más necesario en cada período. Creo que ese ha sido mi mayor aporte porque no tengo palabras para agradecer

a esta Revolución.

Soy un productor de época, muy disciplinado, busco el momento pico para sembrar y hacer lo que corresponde en cada fase. Fui el primero en Sancti Spiritus en sembrar en décadas anteriores tabaco tapado, no había experiencia y me llevaron a Pinar del Río, aprendí de un gran veguero, Alejandro Robaina. Mantuve ese cultivo como 10 años, regresé al sol en palo y retomé el tapado en el 2015.

¿Qué enseñanzas le depara la vida campesina?

Después de adulto alcancé el sexto grado, pero en mi vida lo que más he hecho es trabajar, nunca viví engañado, tenía que olvidarme de superarme, lo mío era el campo, siempre preferí la tierra, al extremo de que, si volviera a nacer, escogería otra vez este camino.

Tengo mi grupo de alumnos, enseño lo que sé y me relaciono mucho con los productores; algunos se me han ido delante, como Yoandri Rodríguez, Vladimir Abreu y Eliecer Pérez; a todos esos muchachos que salen con tantos deseos de producir los admiro. La primera clase que les doy es la del camino correcto, que la producción vaya al destino que le toca.

Otra cosa que hago es inculcarle disciplina a mi familia, porque sin retaguardia y apoyo familiar no hay resultados. Ya tengo un nieto aquí conmigo, pero primero tuvo que hacerse ingeniero mecánico para regresar al campo; aquí, bruto, yo nada más.

La palabra enredo la saqué de mi vida, no me acojo al Seguro ni a nada, cultivo a pecho limpio; como soy malo para las cuentas, no necesito de eso, pago y compro, deudas de ningún tipo, no soy gente de violar nada.

¿Qué debe mejorarse en el escenario agrícola?

Es más la desorganización en

la comercialización que la falta de productos. Cuando hay mucho, sino se reparte bien, resulta poco.

Los precios de compra al campesino son excelentes, pero Acopio estaba muy lleno de malos hábitos y es más fácil enseñar a uno que no sabe nada, que al que sabe, quitarle los malos hábitos.

¿Acaso ha pensado ya en el descanso?

No soy gente de vacaciones, ni de playas ni hoteles; descanso viendo mis siembras, ese es mi paseo. Mirar una vega de tabaco, si es de tapado más, llena mi espíritu.

Luego algunos me dicen, ¿hasta cuándo?; es verdad, ya no soy el muchacho que cortaba 50 cujes de tabaco o que ordeñaba 30 vacas en una madrugada, pero hace poco me pegué a la guataquea de la vega con los obreros que tengo ahí y te digo que todavía hay Félix Álvarez para rato, ni agua tomo. ¿No ha oído que cuando una carreta se atasca, la única que la saca es la yunta de guía?

Para que mi vida concluya feliz, quiero que termine aquí, en el campo y morirme con los zapatos puestos. No me jubilaré nunca, usted puede cobrar un retiro, pero jubilarse no; eso sería como el primer paso a la muerte, ella vendrá, sin embargo, ese paso no se lo voy a dar.

¿Cómo se describe usted?

Un guajiro humano, nunca discutí con nadie, la palabra problema la saqué del diccionario, no tengo tiempo para la casa, esa es una tarea de Olga. No he sido el mejor, lo que sí he sembrado mucho; nunca he ido a una feria ni a un mercado a vender comida, porque lo del campesino es producir y entregar, no ser negociante. No he trabajado nunca por ambiciones ni enriquecimiento, he trabajado para que este país avance y llegue a los sueños de Fidel.



Miguel Díaz-Canel Bermúdez, primer vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, lo visitó el pasado año para conocer sus experiencias.

Siempre preferí la tierra